

CAPITULO CXLIII.

Continúa el manuscrito de Genaro.

El manuscrito continuaba así.

Miéntras yo meditaba mi madre pareció dormirse, al despertar de su letargo me llamó.

Hijo mio me dijo con triste acento, insisto en que te alejes de Nueva-York por algunos dias, comprendo que me resta poco ya de vida y no quiero que presencias mi muerte, esto es superior á tus fuerzas Genaro, y al ver tu dolor, á mí me faltaría valor para morir!..... Por otra parte añadió, no querria que conservaras de mí la imágen de la muerte, deseo que en tu interior me contemples llena de vida y dedicada tan so-

lo á amarte; es preciso que partas dame ese gusto antes de morir, ¿te negarás á cumplirlo?

Madre mía, me apresuré á contestarle, comprendo la nobleza de tu deseo; pero no puedo satisfacerlo, si me pidieseis otra cosa, me verias muy solícito por complacerte, pero lo que exiges de mí es un imposible; Dios me dará valor y fuerza para soportar el golpe si este momento terrible llegase. Pero tú no morirás madre mía; ¿por qué te has fijado en tan triste idea? no ves que todos los males tienen sus épocas de exarcevacion, por qué no pensar que esta sea una de ellas?

—Mi madre sonrió..... pero en esa sonrisa no ví ya el destello de la vida sino las sombras de la muerte!.....

—Cuando vino el facultativo y supo que el ataque de fatiga le habia repetido se alarmó y al acompañarlo me dijo: no resiste un tercer ataque que se disponga, joven, porque si no lo hace vosotros la vais á dejar ir al otro mundo sin los auxilios espirituales.

—Al regresar entré dispuesto á hacer que Justo le hablara; pero cuál fué mi sorpresa cuando al penetrar de nuevo en la pieza, la encontré dictando ella misma estas órdenes. Apenas salieron á cumplirlas le pregunté á D. Justo: ¿Se alarmó mucho cuando se lo dijiste?

—No tuve ni el trabajo de iniciarlo me contestó, porque apenas salió el facultativo ella misma comenzó á hablar en ese sentido.

—¡Oh bendita sea la Misericordia divina! exclamé en un acto de entusiasta admiración: si bendita sea mil veces, puesto que nos evita tantas penas porque tienen que pasar todos en la vida! así hablando me encaminé al cuarto de mi madre, quien al verme me dijo.

—¡Hablaste al doctor?

—Sí madre mía, hablé con él.

—Y ¿qué te dijo?

—Que es preciso mucho cuidado para que puedas sanar pronto de tus males, puesto que el estado de tu salud es algún tanto delicado.

—Ahora hijo mio no quiero afligirte, pero es preciso que te hable en los términos en que voy á hacerlo porque así lo demandan las circunstancias; si abres Genaro ese ropero en él encontrarás unos papeles, es mi testamento en el cual te constituyo heredero único de toda mi fortuna, que por cierto es muy cuantiosa; ahora hijo mio te pido que se trasladen mis restos al sitio en que tu hallas de vivir; quiero tenerte en la muerte cerca de mis cenizas, ¡ya que no me fué dado en la vida permanecer siempre á tu lado! allí me visitarás Genaro con frecuencia tu y Leo-

nor elevarán al cielo ¡sus plegarias! llevaréis una corona de rosas y cipreses y permaneceréis un momento á mi lado; á tus hijos infundirás la misma costumbre, y harás que vean con cariño y veneración el sepulcro de su madre; ahora hijo mio aun quiero de tí una promesa: no conserves contra Milord resentimiento alguno, piensa Genaro que él es tu padre, que como yo ha sido víctima del infortunio y que sin quererlo ni saberlo fué causa inocente de mis males, perdona á su familia el daño que nos ha hecho como yo se lo perdono, y sé siempre para Edmundo un hijo tierno y respetuoso.

—Prometí bañado en lágrimas lo que me pedía mi madre y ella imprimió entonces un beso en mi frente, y permaneció un rato tranquila.

Poco despues me hizo llevarle los papeles y sacando uno cuidadosamente cerrado me lo entregó encargándome que lo pusiese en manos de mi padre; era aquella una carta que escribía á Milord, en la que al reconocerme por su hijo, desvanecía todas sus dudas asegurándole que yo era el fruto de sus amores y el hijo á quien tanto habia buscado y que le habia costado tantas lágrimas; suplicábale en sus últimos momentos, que me amase tanto como ella me habia amado, y que al legitimarme me constituyese como heredero de sus títulos y de su nombre puesto que

Dios no le habia concedido sucesion al unirse con su esposa. Enviábale tambien su perdon y le rogaba con el lenguaje mas tierno; que puesto que á ella le habia hecho desgraciada; duplicara su amor hácia Estela y la hiciera completamente venturosa!

Concluidos estos arreglos quiso ocuparse ya tan solo del espíritu, y comenzó á prepararse para recibir con las disposiciones debidas los Santos Sacramentos.

En efecto, esa misma tarde se confesó le llevaron el Sagrado Viático y le administraron la Extremauncion. ¡Con qué paz tan hermosa quedó desde aquel momento mi madre; parecia la santa mártir dispuesta al sacrificio! Sus conversaciones desde entónces fueron solo de cosas de espíritu, repetíame continuamente que era preciso tener conformidad con la voluntad Divina, y me instaba para que al unirme á Leonor imitara por completo todas sus virtudes, y educásemos á nuestros hijo bajos las leyes mas severas de la religion y la moral. Recomendóme en seguida muchísimo á D. Justo á quien legó en su testamento 25,000 pesos y otro tanto á Eugenia; no he querido dárselo ántes, me dijo, porque deseaba que sus hijos fuesen educados en el trabajo: hoy que ya tienen esta costumbre el dinero léjos de dañarles le servirá para avivar su incentivo

por provecharlo; y esto les servirá de base para emprender alguna negociacion que asegurará el bienestar de esa familia; en cuanto á Eugenia querria que la llevases contigo para que sirvieses á Leonor como á mí, de demoiselle de compaignié ella les será muy útil, y vdes. podrán hacerla feliz y no dejarla sola en el mundo; la quiero mucho Genaro, porque ha hecho para mí las veces de una hija tierna y cariñosa.

—Puedes estar tranquila madre mia, jamás olvidaré lo que debo á Justo; en cuanto á Eugenia la veré como á una hermana, bástame para que rerla el que ella te halla amado y servido siempre.

—Gracias Genaro tus promesas me hacen quedar contenta; creo haberte dado ya mis últimas disposiciones; siento hijo mio que la vida se me escapa, y ahora solo querria ocuparme ya del alma, ¡es tan sério el momento de morir!.....

Mi madre guardó silencio, y yo respetando sus deseos, recliné mi frente sobre su lecho y procuré ahogar mi llanto! Así trascurrió como una hora, despues mi madre habló de nuevo:

—Olvidaba decirte me dijo, que en una pequeña caja encontrarás dos cuadernos manuscritos, ámbos han sido trazados por mi mano; uno lo destino á Leonor, serán para ella los consejos de una madre; el otro es para tí Genaro, lo he

escrito en los momentos mas amargos de mi vida, consévalo hijo mio, y sigue siempre las instrucciones de tu madre!

Su voz era apagada al pronunciar estas palabras y hablaba con gran dificultad; yo temblé al ver su agitacion, temi la venida del tercer ataque y la sangre se heló en mis venas y las lágrimas saltaron de mis ojos.

—Mi madre me vió tristemente, estás muy conmovido Genaro me dijo con ternura, llama á Eugenia y á Justo, quiero que no me abandonen; no hablo más.

—Yo me apresuré á cumplir sus órdenes y poco despues los tres rodeábamos su lecho con la ansiedad y el dolor pintado en el semblante.

Un momento despues, mi madre fijó en nosotros sus ojos y dos lágrimas surcaron sus demarcadas mejillas: ¡rogad por mí! exclamó, y dando un grito agudo cayó en su lecho al parecer sin vida.

—Entónces se presentó el ataque con una fuerza horrible, sus ojos se inyectaron de sangre, se puso lívida, su respiracion era espantosa y el aire le faltaba para alimentar su vida. El médico estaba á su lado agotando todos los recursos de la ciencia, y yó lleno de la desesperacion mas viva me dejé caer en tierra y elevando mis manos al cielo exclamé del fondo de mi alma: ¡Dios mio

toma mi vida; pero consévame la suya!..... Aquel clamor pareció reanimar á mi madre; poco á poco se fué poniendo del ataque y entró en cierta especie de reposo; yo sentí reanimarse mi esperanza y respiré mas libremente.

Pasó la noche en calma todos permanecimos á su lado y el médico no la perdió un momento de vista. A la madrugada comenzó á tener un sopor que era ya el de la agonía, sus ojos empezaron á clavarse con fijeza, y de cuando en cuando el frio de la muerte le causaba fuertes estremecimientos.

Solo á mí me llamaba en tales instantes.

—Genaro, ¿dónde estás? hijo mio no llores, te lo ruego..... pronto serás feliz; Leonor, amalo como yo le amo..... Dios te bendiga hijo mio!..

—Pronunciaba estas palabras sin hilacion y ya como sin darse cuenta de lo que decia; y cada una de ellas destrozaba mi alma! En ese momento penetró en la estancia el venerable sacerdote que la habia auxiliado la víspera y que Eugenia habia mandado llamar violentamente.

El santo anciano parecia estar muy fatigado; pero sin hacer caso de si se acercó al lecho de mi madre y la saludó con ternura; ella lo reconoció aun y le sonrió dulcemente, despues hizo un esfuerzo supremo para hablar y dijo con voz apenas inteligible ¡Cuán bueno sois padre mio, y cuanto me consuela veros junto á mí, en el el-

cho de agonía! ¡Ah cuán dulce me es tener en mis últimos momentos á un ministro del altísimo.

¡Perdonad mis faltas padre mio y ayudadme á dirigir á Dios el sacrificio de mi vida!.....

—Sí hija mia repuso el sacerdote conmovido es para esto que me teneis á vuestro lado para encaminar vuestra alma al cielo!.....

—Padre mio añadió mi madre; ¿me permitís antes de morir dar el último beso á mi hijo?.....

—Sí hija mia podeis hacerlo, Dios no os prohibe este consuelo.

Sin esperar á que mi madre me llamase corrí yó entónces á sus brazos y la cubrí de besos..... de lágrimas,..... de soyosos..... ¡Madre mia no me abandones! exclamaba en la fuerza de mi dolor; no partas ¡ay! ó llévame contigo!.....

—¡Te espero en el cielo hijo mio! me respondia mi madre tambien sollosando y bañada en lágrimas; aquella escena no podia prolongarse; esa despedida abreviaba sus últimos instantes, y comprendiéndolo así, el buen sacerdote me arrancó de su lado y le dijo:

—¡Siempre velaré por él hija mia, descansad en mí; y morid en paz!.....

—Tomó en tónces una vela en la mano, y en la otra un libro, y comenzó á recitar las preces que usa la Iglesia para ayudar á los agonizantes!.....

—Mi madre las repetia con ferbor cristiano; pero á cada instante su voz era mas débil..... su respiracion mas agitada; al fin ya no pudo hablar; sus ojos permanecieron clavado, en el crucifijo que tenia en sus manos..... dió un prolongado gemido y..... ¡su alma voló al cielo!..... ¡habia yá muerto!..... ¡muerto! palabra que me desgarró el alma, haciendo risas mi corazón!.....

—El buen sacerdote que notó lo que habia pasado cerró lentamente el libro, enjugó una lágrima y con un acento lleno de ferbor exclamó arrodillándose ante el lecho:

—Hijos míos, ¡rogad á Dios por los difuntos!...

—Aquellas expreciones en esos momentos me denotaron que la catástrofe habia pasado. Era pues cierto..... ¡ella no existia!..... ¡habia muerto!..... ¡ya nó tenia madre!.....

Fuera de mí y sin saber ni lo que hacia me precipite á su lecho,..... abracé fuertemente su cadáver, cubrí de besos su frente bañada aun con el sudor de la agonía..... y con un acento desgarrador; exclamé en el exceso de mi dolor: ¡Dios mio, no me la arrebatéis! ¡Madre! ¡Madre mia, no me abandones!..... ¡no dejes otra vez huérfano sobre la tierra á tu Genaro!..... ¡no puedo continuar..... faltame el valor, y siento que la vida ¡ay! tambien me falta!..... Aqui habia varias

páginas, en blanco; sobre ellas rodaron nuestras lágrimas y cerramos la cartera vivamente impresionadas con lo que habíamos leído. Volvamos á Paris, y olvidemos allí nuestras tristes impresiones.

CAPITULO CLXIV.

Continúa la descripción de la Exposición —Algunos de los anexos del parque.—Exposición de objetos sagrados fotografías.—Faro eléctrico.—Exposición del Ministerio de la guerra; colección de armas.—Exposición de la Sociedad de Socorros para heridos y á la infancia.—Objetos diversos.—Sociedad protectora de los animales.—Máquinas, molinos, puentes, cristalería.—Exposición de objetos de marina.—Parque inglés, lo que allí se veía.—Círculo internacional.—Templo Azteca y lo que contenía; sensaciones que al verlo se experimentaban; un loro mexicano, el traje nacional.—Sitio ocupado en el parque de la Gran Bretaña, y contraste que formaba con el ocupado por los norteamericanos —El Oriente musulmán, y cómo se hacían notar la Turquía, la Rumanía, el Egipto y Túnez.—La China con sus particularidades.—El Japon en la exposición; japonesas que allí había, sus trajes, su peinado, y sus ocupaciones domésticas.

Volvamos á introducirnos en la Exposición Universal y saliendo del parque reservado cuya extremidad se junta casi con el parque francés, recorreremos ligeramente ó como de paso, los